Sancho y Don Quijote

O más bien Don Sancho y Quijote. Porque, en realidad, no es Don Quijote sino Sancho, el personaje central de la comedia que representa el mundo en esta hora. Pasó aquel tiempo de aventuras, de leyendas, de quijotismo, llena de peripecias y suave encanto; deliberalidad, de arrojo, de amor. Busquemos en la ficción el paralelo de dos personajes, que son simbolo de otros reales. Frente al Don Quijote del mito antiguo, el Don Sancho de la realidad presente: Aquél era inteligente, amigo de arte y gran pensador; éste es mediocre, rebosante de vanidad y sin pizca de tiempo para detenerse a meditar; el sublime deseo de llevar la justicia al más oculto rincón, mueve a uno, lanza en ristre, montado sobre su endeble caballo, a salir de su casa y trotar por esos mundos de Dios; el otro, en su cómodo despacho, estudia tratados y textos para ver como burlar la acción de la ley y la justicia; el uno no pide nada y lo da todo; el otro lo quiere todo y no da nada.

Sancho, el burdo campesino, cerrado de mollera, comilón y egoista, ha progresado con el tiempo y no es aquel escudero de otra época, sucio por la brega y disparatado en el lenguaje; hoy es un señor bien vestido, redicho, y que tiene en su despacho un montón de libros. Con un puro en la boca y un gesto displicente, intenta dar a conocer su superioridad sobre los demás mortales. La satisfacción le rebosa como si su vida—vulgar, monótona, egoísta—fuera, para la Humanidad de gran importancia y trascendencia

Pero no se puede remediar. Esta es época en la que reina Don Sancho el que no gusta de fantasías y ensoñaciones, sino de prácticas realidades lucrativas. Mucho mejor nos parece aquel otro Sancho a secas, que se deja guiar por un espíritu superior, y le admira y le defiende y cree en él y en su misión hermosa y atrayente. Un Sancho inculto, sin necias presunciones de sabiduría, sencillo y servicial, con aquel su saber pueblerino, cargado de refranes y sentencias; un Sancho que, llegada la hora, sin olvidar los sabios consejos de su amo, sabe gobernar con justicia y equidad, como nadie le creyera capaz.

¿Quien no dá la preferencia sobre Don Sancho a Sancho?
¿Quien no estima al hombre humilde y bueno que sirve a su señor en tan alta y meritorias empresas?

Miguel Molina

Lucena 21 de Marzo de 1953